

esto es lo que les ocurre a nuestros héroes y heroínas: Atik Shaukat, carcelero que se encarga de la custodia de las «pecadoras» a las que el Régimen hará lapidar; Musarat, enferma de una enfermedad incurable y próxima a morir; Mohsen Raman, estudiante de ciencias políticas, «hijo de burgueses» y aspirante a un cargo diplomático; y Zunaira, «musulmana ilustrada», militante en el movimiento de liberación de la mujer, e interesada en ocupar un asiento en los tribunales de justicia de Kabul.

El destino de todos ellos, tengan aún sueños (Zunaira y Mohsen) o ya no Atik y Musarat), terminará por torcerse en dirección al lodo —Kabul, una ciudad que «ha mandado ajusticiar su historia en la plaza pública; ha inmolado el nombre de sus calles en terroríficos autos de fe; ha hecho añicos sus monumentos con dinamita y rescindido los juramentos que sus fundadores firmaron con sangre enemiga».

Como le dice Zunaira a Atik: «Nos han matado a todos. Hace tanto tiempo ya que se nos ha olvidado». O Atik a Musarat: «Estoy enojado conmigo y enojado con el universo», frase esta última que, aparte de trasuntar la aparente y constante hosquedad del personaje, podría extenderse a los otros tres, puesto que para ellos el universo ya no puede verse desde otro lugar que no sean «los campos de batalla, arenales y cementerios» en que se ha

convertido, desde hace veinte años, la ciudad. («Diríase que el mundo se está pudriendo, que su gangrena ha optado por extenderse a partir de *aquí*, en territorio pashtun, en tanto que la desertificación sigue reptando implacablemente por la conciencia de los hombres y sus formas de pensar», apunta el autor en las palabras introductorias citadas).

Sin embargo, Khadra, en este libro, no quiere hablarnos de la manera en que la «pudrición del mundo» o la «desertificación de la conciencia humana» se manifiestan en general en Afganistán, sino centrarse más bien en uno de sus aspectos, seguramente el más pavoroso de todos: el que tiene que ver con las «golondrinas decrepitas», cuyo vuelo parece haberse detenido en una mueca fantasmal, «sin voz ni encantos». El resto es suficientemente conocido, tanto en Oriente como en Occidente, y en la novela sirve tan sólo de marco: los mutilados de guerra, los mendigos por la guerra, los vandálicos niños de la calle de la guerra, la ululante vida cotidiana durante la guerra, vida insensible a la guerra, como si no hubiese guerra o como si ésta transcurriese demasiado lejos como para preocuparse.

«En Kabul —leemos—, sobre todo en el mercado y en los bazares, el bullicio de las especulaciones podría ahogar el coro de las más cruentas batallas. Se subastan los fajos de billetes de banco, se hacen

y deshacen fortunas al albur de un cambio de humor, la gente sólo tiene ojos para la ganancia y la inversión; en cuanto a las noticias del frente, se tienen en cuenta en sordina, como para meterles marcha a los negocios».

En el centro de la narración, las mujeres, las burkas, «las golondrinas de Kabul». Y la locura, el «enojo» ontológico de hombres y mujeres consigo mismos y con el universo porque las golondrinas ya no tienen aquella voz, aquellos encantos.

No por nada la novela empieza con la lapidación de una prostituta encarcelada en la celda que vigila el carcelero Atik, y culmina con un tiro en la sien que, destinado en principio a Zunaira, hace estallar el cerebro de Musarat. «Bien pensado, no es más que una mujer», dice tranquilamente uno de los personajes secundarios del relato, el fatídico jefe Quasim Albul Jamar, cuando se trata de discutir la suerte de la condenada. Y otro, Mirza Shah, antiguo héroe de guerra y ahora próspero y corrupto hombre de negocios, reflexionando sobre sus cuatro esposas en un tenderete de Kabul: «No me inspiran todas sino desconfianza porque en ningún momento he sido capaz de entender cómo les funciona la cabeza. Estoy convencido de que nunca me enteraré del todo de cómo piensan las mujeres. Será cosa de creer que las ideas les dan vueltas en sentido contrario a las agujas de un reloj».

Pero en Kabul uno «nunca se entera del todo de cómo piensan las mujeres», porque uno ni siquiera ha visto jamás, «dejando de lado el de la propia», el rostro de ninguna de ellas. Así, cuando providencialmente cae al suelo una burka que no es de la esposa, como le sucede al carcelero Atik delante de la celda donde ha sido encerrada Zunaira, de pronto, «¡allí, en el centro de la jaula, está la visión encantada!». La prisionera se ha quitado la burka, y «reza, sentada con las piernas cruzadas, con los codos en las rodillas y las manos juntas bajo la barbilla. Atik está pasmado. Nunca había visto antes tamaño esplendor. La prisionera es de inaudita belleza; tiene un perfil de diosa, la larga cabellera le cae por la espalda, y sus ojos enormes parecen dos horizontes. Diríase que amanece una aurora en el centro de ese calabozo infecto, sórdido, aciago».

A partir de este amanecer, ¿adónde, en efecto, irá a parar el «enojo» de Akit? Porque «nunca en la vida había sabido cómo era ese estado que lo tiene mermado desde la víspera. No tiene hambre, no tiene sed, el mundo que lo rodea ni siquiera lo roza; está viviendo algo prodigioso y aterrador a la vez, pero por todo el oro del mundo no querría prescindir de ello: se siente *bien*».

Con todo, Kabul —la capital de los talibanes— no puede permitir que ninguno de sus hombres esté «no-enojado», que se sienta «bien».

Ni, con mayor razón, ninguna de sus mujeres. Quien ha visto despuntar la aurora, Atik, enloquecerá de horror a partir del momento en que Zunaira, liberada en secreto por él, desaparezca para siempre de su vida, perdiéndose entre los callejones de la ciudad, sin llegar a darse cuenta del motivo ni del modo en el que ha recibido la gracia. Al fin, Atik será linchado por la multitud. Mientras tanto, Musarat y Mohsen han muerto ya, también violenta-

mente, casi como no podía ser de otro modo en un país que cultiva la muerte así en la guerra como en la paz.

Una muerte tras la cual –como promete el Corán– todo creyente renacerá en el paraíso donde moran las huríes, mujeres (pero celestiales) tan hermosas como ningún viviente las haya podido contemplar jamás. Sin duda, las golondrinas de verdad.

Ricardo Dessau



«La ciudad de los chicos malos», 24-2-92, Acrylique sur toile, 200 x 200 cm.

América en los libros

Juan Rulfo. *Las mañas del zorro*, Reina Roffé, Espasa biografías, Madrid, 2003, 301 pp.

Si es verdad aquello que dice André Gide en sus *Diarios* sobre que un artista no debería «contar su vida tal como la ha vivido, sino vivirla tal como la contará», bien podría afirmarse otra alternativa: si la vida es relato, lo mejor que puede pasarle a un artista es que otro artista la narre por él.

La biografía del autor de *Pedro Páramo* escrita por Reina Roffé muestra en este sentido un fascinante doble juego: mientras dispone para el lector las marcas de una vida singular —como todas—, pero biografía —como pocas—, Roffé presenta a Rulfo y a la vez hace gala de su oficio de escritora. No ya en el entramado de ficciones —que no se trata de eso—, sino a partir de una ética y estética de la escritura que se vislumbra en el entrelineado de un libro apasionante.

Las biografías constituyen ese extraño borde genérico donde la construcción hace del texto una narración que puede leerse como literatura sólo si se cumple con un requisito: que esté bien escrita. *Juan Rulfo. Las mañas del zorro* de Reina Roffé cumple gozosamente con esa imposición.

La figura y la obra de Juan Rulfo han despertado rumores, sospechas, maledicencias y admiración. Mucha admiración. El silencio de tres décadas tras la publicación de sus dos obras magníficas (*El llano en llamas* y *Pedro Páramo*), esa esterilidad productiva que han dado en llamar «síndrome Rimbaud» aparece trabajada, analizada e interpretada en el texto con valiosos cuestionamientos como: «Por qué, teniendo el mundo como escenario, Rulfo se había retirado de la escena de la escritura?», «¿Por qué dejó que se lo acosara con preguntas sobre su próximo libro si no pensaba escribir o publicar nada más?», «¿Por qué no abandonó el papel de escritor que mantuvo durante treinta años como una máscara incómoda y sangrante?».

Como escritora que es, Roffé aporta una mirada diferente a las posibles respuestas de esos interrogantes. Tal vez porque al residir fuera de su país —la Argentina—, conoce muy bien (y padece) un grado más en la intensidad de silencio que constituye al sujeto creador. Así, las conclusiones y perspectivas que se desgranán en la biografía de Rulfo e iluminan de una manera nueva la obra del gran escritor jalisciense.

Hay más méritos para señalar: por un lado, los testimonios relati-